

El artículo que a continuación reproducimos, por su indudable interés, fue publicado el 20/10/2005 en la web www.opinionytoros.com de la cual es colaborador habitual el autor, Lázaro Echegaray, sociólogo y periodista taurino de diferentes medios. Además de su amplia labor periodística, destaca en el campo de la investigación científica, su obra reciente, "Sociotauromaquia, Teoría Social del Toreo", publicada por Egartorre Libros.

EL RITO, LA LUCHA Y LA MUERTE

Lázaro Echegaray

Decía en mi artículo anterior que torear era llevar al toro desde su estado natural a la muerte y por tanto un verbo que implica evolución. Un lector portugués me corrige explicando que en el toreo de su país el toro no muere y que el acto sigue llamándose toreo y considerándose como tal. Recapacitando y tirando de diccionario encuentro que torear es la acción de lidiar y que lidiar es conducir al toro hacia la muerte, luego podemos dar por válida la definición anterior del toreo. Sí es cierto que existe una definición de la lidia como acción encaminada a lograr la muerte del toro; ese sería su objetivo y torear la manera de hacerlo con belleza, armonía y conjunción, es decir con arte. Pero esas son explicaciones que no nos interesan en este momento.

Al leer la anotación de este lector portugués me han venido a la cabeza las teorías de catedrático de Historia de las Religiones Angel Alvarez de Miranda, que realizó uno de las más bonitas y significativas investigaciones sobre la fiesta de los toros en España: Ritos y juegos del toro. En ese libro Alvarez de Miranda analiza la relación entre el trato al toro y las religiones y el origen del sacrificio y del rito. Al hacer este análisis el profesor hace además un recorrido por una historia del toreo poco conocida. Entre las teorías que mantiene está la de que la muerte del animal es un elemento relativamente moderno en la tauromaquia y que no llega a existir hasta que el toreo se convierte en lucha, en el toreo caballeresco (el que se realiza a caballo). Para Alvarez de Miranda sucede una cosa rara pues mientras la muerte del toro no se ha dado en el momento del rito, sí aparece cuando éste se convierte en lucha: pelea entre caballero y toro que debe terminar en muerte. No había sucedido con anterioridad ni sucede en los vestigios de los rituales que quedan: el toro nupcial, el de maroma y la capea, en los que el toro no muere o al menos no lo hace en la plaza.

Sin embargo todo parece indicar que la muerte del toro sí sucedía en los rituales de los íberos ya que en las *scenas* de sus templos se han encontrado restos de cornamentas, fuegos y armas punzantes. Es probable que Alvarez de Miranda no conociera estos descubrimientos. Por otro lado, algunas teorías un tanto complicadas se forman alrededor de la muerte del toro e intentan explicar ésta como un ritual en el que el torero, vestido de manera afeminada, se recalca la montera como signo de esa feminidad, mata a la bestia negra del mal, que representa la fuerza y la fertilidad del macho. Tras la lucha, inteligencia contra fuerza bruta, el matador introduce su espada, a modo de falo, en el hoyo de las agujas del animal que representaría una vagina. Cuando la muerte se produce el torero, ya sin montera, se ha contagiado de la fuerza bruta del animal y ya no se ven en él connotaciones femeninas sino masculinas, adquiridas como trofeo al ser capaz de vencer sobre su oponente. Semejantes teorías no tienen pinta de ser en absoluto modernas y de ellas se deduce que el toro moría entre los peninsulares desde hace mucho tiempo. Pero aquí la teoría de la muerte sigue estando relacionada con la lucha.

Es una pena que no se sepa con certeza en qué condiciones se realizaba en la prehistoria el trato con el toro, ni cuál era el destino final del mismo en aquellos tiempos del rito. Sin embargo parece acertado pensar, desde la lógica del ritual, que el fin fuera la muerte del animal. Siendo eso así ¿por qué no sucede en las tradiciones más antiguas que hoy conservamos y que son el toro de cuerda y las capeas?

El toreo hoy en día se entiende como una lucha. No ha dejado de serlo desde aquellos tiempos en que empezó el toreo caballeresco, pero no sabemos si también lo fue con anterioridad a ese momento. La lucha termina en muerte y eso llena de significado al espectáculo, le da su razón de ser. No sólo desde el ritual que sigue siendo el toreo, sino también por la situación estructural de la fiesta que sólo puede sobrevivir hoy en día a partir de la muerte del animal que exige la lidia del siguiente, generando continuidad en la cabaña brava. Sí es cierto que el toro que no muere en plaza, como es el caso de Portugal, muere luego en un matadero, de manera mucho menos seria. Además, la suerte de la muerte es la más peligrosa de la corrida, es el momento en que toro y torero se enfrentan con más verdad, el uno frente al otro, los dos armados con las mismas armas. Ese momento dignifica al toro por exposición del torero y porque en él se le da la última posibilidad de cumplir su cometido, enganchar al hombre. El toreo sin muerte denigra al animal, lo convierte en una pantomima y le niega un desenlace justo, de igual a igual. Es parte de la razón de ser del espectáculo. Quizás por eso en Portugal profesionales y públicos abogan por permitir la suerte suprema y honrar así la figura de un animal mitológico y a la vez actual.